

La educación en la novela naturalista española

JUAN ANTONIO CRESPO CABORNERO

EN el ámbito literario se conoce bien el valor que desempeñó la consolidación del estilo realista-naturalista en el desarrollo de la novela del siglo XIX¹, y no es menor el reconocimiento que se otorga al protagonismo que ocupó la enseñanza en el espacio social del mismo período². Es, pues, algo sabido que la literatura y la

¹ Una recopilación cronológica que documente este hecho nos llevaría a señalar que, aunque la novela y la estética de Zola comenzaban a aparecer en las publicaciones periódicas españolas entre 1876 y 1879, lo cierto es que el naturalismo no gana mucho terreno en España antes de 1880. En cualquier caso, se puede detectar el inicio de la querrela naturalista ya en 1877, con el ensayo publicado en el número 21 de *La Ilustración Española y Americana*, por Manuel de la Revilla. En 1877 Pedro Antonio de Alarcón en su discurso de ingreso en la Academia Española denunciaba los peligros morales de un estilo que se amoldase a los principios naturalistas. 1881 fue un año clave en la incorporación del estudio naturalista; de este momento es el prólogo de Pardo Bazán a su novela *Un viaje de Novios*; también en este año se inició un debate sobre el naturalismo en la Sección de Literatura y Bellas Artes del Ateneo de Madrid, que se prolongará hasta 1882, en el que intervendrán, entre otros, L. Alas, U. González Serrano, Luis Vidart, Rodríguez Carracido y González Ortiz.

En el prólogo a *La Tribuna*, acabada en octubre de 1882, Pardo Bazán declara su adhesión al método del realismo naturalista, y un mes más tarde, en *La Época de Madrid*, empieza a publicar *La Cuestión Palpitante*, en donde ratifica su actitud naturalista, al tiempo que toma distancias frente al cientificismo de Zola. Galdós con la publicación de *El Amigo Manso* en 1882, e incluso antes con *La Desheredada*, de 1881, dejaba sentir en sus obras el nuevo estilo. Clarín, en 1883, prologaba la edición en libro de *La Cuestión Palpitante*; y en 1885, incorporaba en *La Regenta* un estilo realista naturalista. También en este último año se publicó *Fortunata y Jacinta*; y, un año después, en 1886, *Los Pazos de Ulloa*, en donde ya se manifestaba el declive del realismo naturalista.

Para 1881 se había asentado el estilo realista naturalista en la nueva novela española a través de un proceso de adaptación que rechazaba el utilitarismo artístico y el cientificismo determinista para adoptar el método analítico y una tendencia más pictórica que fotográfica de la realidad. A pesar de esta adaptación, el estilo naturalista levantará una enérgica disputa animada principalmente por el sector conservador, que en todo “lo nuevo” veía un peligro para el país.

De esa forma, la literatura pasaba a ser una “cuestión palpitante” en la vida cultural del país, como también sucedió con la enseñanza.

² El indiscutible protagonismo que durante todo el siglo XIX ocupó el tema de la enseñanza en la vida socio-cultural, se patentiza, si cabe aún más a finales de los años setenta con la formación de la Institución Libre de Enseñanza (I.L.E.), y la difusión de las ideas de Giner de los Ríos sobre la imperiosa necesidad de llevar a cabo una reforma en la enseñanza a todos los niveles, principalmente en la enseñanza primaria.

Las actuaciones de Manuel Orovio en 1875, representante del integrismo católico y Ministro de Fomento, llevaron a lo que se daría en llamar “la segunda cuestión universitaria” en el orden cultural del momento. El ámbito educativo no perdería esta cadencia en los años siguientes; la I.L.E. se fundaba en 1876, en 1878 inauguraba una escuela que recogía las ideas y métodos más avanzados de Europa. Desde el Boletín de la I.L.E., Francisco Giner escribe entre 1879 y 1887 sus artículos más representativos sobre la reforma de la educación nacional (algunos de estos artículos son: “Instrucción y Educación”, 1880-82; “El discurso de Pedagogía del Dr. Hofeld”, 1880; “Grupos escolares”, 1884; “Un peligro de toda enseñanza”, 1884; “Aristóteles y los ejercicios corporales”, 1885; “Excursiones geológicas”, 1885; “El alma del niño según Preyer”, 1887; “El espíritu mecánico de la Educación”, 1887. También en 1876, se consolidaba la aceptación del método froebeliano en España (ver: Ruiz Berrio, J. “En el centenario de Froebel. La introducción de su método en España”, *Revista de Ciencias de la Educación*, 1982, n.º 112, Madrid, p. 439-46); se funda en Madrid, bajo el ministerio del Conde Toreno, un Jardín de Infancia y se crea

educación son dos ámbitos tan fundamentales como imprescindibles para analizar el desarrollo cultural en la España decimonónica. Sin embargo, la riqueza de posibilidades que ofrece el estudio conjunto de literatura y educación en determinados períodos históricos no es un aspecto excesivamente estudiado.

Por otra parte, el hecho de concebir la realidad cultural de una sociedad como el resultado de una compleja red de relaciones de fenómenos sociales diferentes, invita a señalar la conveniencia de intentar llevar a cabo análisis que obedezcan a una visión interdisciplinar de esa misma realidad.

La literatura que es una herramienta eficaz para intentar comprender la estructura socio-cultural de cualquier época, también puede ser un camino interesante para facilitar y desarrollar el estudio de algunos elementos de la historia de la educación, como: la conexión entre arte-educación³; ideologías-educación; o, como en el caso que nos disponemos a desarrollar: novela y enseñanza.

en la Escuela Normal Central de maestros una cátedra de pedagogía froebeliana, en estrecha conexión con la figura de Fernando de Castro. En 1882 la agitación de las ideas pedagógicas producida en el país por la propaganda de los principios, métodos y procedimientos de la I.L.E. fue decisiva en el Congreso Nacional de Pedagogía de 1882, que, como Cossío señaló (Cossío, M.B., *La Enseñanza Primaria en España*, 1915, Madrid, Ed. R. Rojas, p. 33), llegó a influir sobre las decisiones del partido liberal en el gobierno, creando el Patronato General de las escuelas de párvulos y el Curso Normal para las maestras de dichas escuelas. También, creó el Museo Pedagógico, a cuya dirección estaría años más tarde Cossío, y reorganizó la Escuela Central de Maestros. En 1883, las Cortes aprobaban la ley del 6 de junio que igualaba los sueldos de maestras y maestros. En 1884, el partido conservador consciente de la relevancia político-social de la enseñanza en la vida nacional, fomentó una política de reacción, suprimiendo el Curso Normal de Maestras de párvulos; cambió totalmente la Escuela Normal de Maestras. La educación se convirtió, por estas fechas, en un punto de enfrentamiento entre dos formas distintas de entender la enseñanza y la vida general de la sociedad. En 1886, el partido liberal en el poder reanudaba las reformas que se consolidarán en 1887, con el restablecimiento de la Escuela Normal de Maestros conforme a los principios de 1882.

³ La controversia *arte docente y arte desinteresado*, es otra posible vía de estudio de la conexión existente entre la novela del realismo naturalista y la educación. M. de la Revilla, en un ensayo de 1877, *La tendencia docente en la literatura contemporánea*, distingue entre la tendencia idealista, partidaria del *arte docente*, y la realista, que apoya la fórmula del *arte por el arte*. Revilla diferencia así entre dos grandes grupos: de un lado, los autores que ven en la novela un instrumento moralizador y docente, representado por autores como Alarcón, Navarrete o el mismo Pereda, que llegan a convertir la novela en un instrumento evangelizador; y de otro, aquellos otros que creen en la función desinteresada, diciendo: “Nuestra fórmula es la del arte por el arte, o mejor por la belleza”. La figura más representativa en defensa del arte desinteresado es P. Bazán, que en *La Cuestión Palpitante* subraya la necesidad de pretender hacer de las páginas del universo cerrado que es la novela, un instrumento capaz de hacer inclinar la balanza de la moral nacional hacia el vicio o la virtud, y destaca la idea de que el objeto del arte no es ni enseñar ni moralizar, es “realizar belleza” (P. Bazán, *La Cuestión Palpitante*, 1989, Barcelona, E. Anthropos, p. 383). Para Pardo Bazán, Galdós con *El Amigo Manso* y *La Desheredada* abandona el estilo docente que le caracterizaba, para amoldarse a “la libertad y desembarazo de la hermosura” (P. Bazán, *ob. cit.* p. 315). Pero lo cierto es que tanto a estas obras de Galdós, como incluso a *La Tribuna*, de P. Bazán, prototipo del realismo naturalista, les acompaña cierta moraleja final, y por tanto, pese a su desinterés, en ellas subyace alguna enseñanza, aunque ésta sea la que ofrece el mero espectáculo de lo real. Por otra parte, Alas Clarín, siendo un crítico demoledor de la orientación idealista que veía en la literatura exclusivamente un púlpito al servicio de los intereses eclesiásticos, creía plenamente en la función de la literatura como orientadora de ciencias (Carolyn Richmond, “En torno al vacío: la mujer, idea hecha carne de ficción, en La Regenta de Clarín”; en *Realismo y Naturalismo en España*, 1988, Barcelona, Anthropos).

Aunque a lo largo de todo el siglo XIX el semblante de la educación, y, en concreto, las costumbres sociales en que se desenvuelve la enseñanza, reaparece, de una u otra forma, en la literatura, y más específicamente en la novela, es el período en el que realismo naturalista cala en la novela española, localizado en torno a los últimos años de los setenta y la primera mitad de la década siguiente, cuando se dan unas condiciones óptimas para tantear cuál era la situación de la enseñanza en ese período. ¿Cómo se enseñaba? o ¿en torno a qué tópicos circulaba la cuestión de la enseñanza? son algunas de las cuestiones que se pueden responder a través de las tan entretenidas como ilustradas hojas de la novela realista.

En estas novelas aparece un cuadro de imágenes sobre la enseñanza, como retratos del maestro, diálogos en torno a la instrucción de los obreros, métodos de enseñanza infantil o ideas sobre la educación de la mujer. La novela, ocupa el puesto de una ventana al espacio de otras épocas; hace de pantalla en donde el novelista proyecta las imágenes de la sociedad que le rodea; y, por tanto, representa una herramienta, especialmente atractiva, de la que el historiador de la educación se puede valer para completar sus pesquisas.

Al hechizo que esconde cualquier novela para el historiador, la de estilo naturalista añade dos características que facilitan y hacen sugestiva la investigación histórica: una es la abundancia de descripciones minuciosas, que recogen con detalle exquisito todo tipo de pormenores; y la otra, su pretensión de analizar la realidad desde una postura impersonal, que trata de transcribir las escenas tal y como el autor las observa, utilizando el método analítico-descriptivo de las ciencias positivas del momento.

Una lectura detenida de estas novelas presenta al interesado aspectos claves de la historia de la educación como, por ejemplo, la relación que, en la segunda mitad del siglo XIX, existía entre formas de enseñanza y clases sociales, que podemos resumir en el siguiente esquema:

ENSEÑANZA

1. Ens. elemental (institutriz, aya, colegio)
Ens. burguesa
2. Ens. no elemental: A. hombre (universidad)
B. mujer (matrimonio)
Ens. eclesiástica (seminario)
1. Ens. elemental (maestro de escuela)
Ens. popular
2. Ens. no elemental (periódico, fábrica)

Este cuadro descubre, sin dificultad, que la diferencia más notable en la enseñanza del período al que nos referimos es la que se establece entre los dos grupos sociales que eran más representativos: la burguesía, y la gran masa popular. Para ambos grupos la educación aparece como un hecho decisivo en el desarrollo de la vida de

sus personajes; sin embargo, es en el ámbito burgués donde la educación, en sus diversas facetas, se deja sentir de forma más clara y continua. En la burguesía, la educación infantil suele estar dirigida por un aya o una institutriz, como sucede en la historia que nos narra Máximo Manso: “En tanto Irene había tomado la dirección intelectual, social y moral de las dos niñas y el pequeño. Se les destinó, por acuerdo mío, un holgado aposento, donde todo el día estaba la maestra a solas con los alumnitos, y en una habitación cercana comían los cuatro. Yo previne que todas las tardes salieran a paseo, no consagrando al estudio sedentario más que las horas de la mañana”⁴.

Sobre la metodología usada la institutriz nos cuenta que: “Tenía finísimo tacto para tratar a los niños... Con su penetración hizo milagros, con su innata sabiduría de las condiciones de la infancia, los pequeños jamás castigados por ella corporalmente, le querían con delirio. La persuasión, la paciencia, la dulzura eran frutos naturales de aquella alma privilegiada”⁵. En estos textos, Galdós recoge algunas ideas de Giner, vinculadas a Pestalozzi y Froebel, como la idea de que la mujer es educadora por naturaleza, o que el amor es la única pedagogía fecunda.

Clarín, en *La Regenta*, nos habla de un aya inglesa (recordemos la importante conexión que existe entre la educación infantil inglesa y española en el s. XIX, primero con Montesino y, después, con la I.L.E., que, por cierto, no predicaban la actitud del aya inglesa mencionada); este aya que cuida de Anita Ozores convierte el caserío en un “invernadero pedagógico”, empleando para la niña una educación especial con “precauciones pedagógicas” consistentes en castigar mucho sin llegar a pegar⁶.

Pereda, en *De tal palo, tal astilla*, alude a varios aspectos de la educación que Rousseau diseñara, entre los que recoge la importancia del ejemplo en la enseñanza infantil, idea que Montesino había defendido en su Manual; Pereda escribe: “El ejemplo del padre forma el modo de ser de los hijos; lo que estos ven siendo niños, en el hogar, eso hacen en el mundo cuando hombres...”⁷. En *De tal palo, tal astilla* se indican algunas otras formas de enseñanza a las que la alta burguesía acudía, como era mandar a los niños-as a un colegio extranjero⁸.

Frente a la enseñanza acomodada que la burguesía pretendía ofrecer a sus hijos, contrasta la austeridad de la enseñanza que recibía la infancia de la muchedumbre popular. Esta diferencia social entre la opulencia de un grupo y la miseria del otro, se encuentra perfectamente reflejado en los capítulos cuarto y quinto de *La Tribuna*,

⁴ GALDÓS, B. *El Amigo Manso*, 1990, Madrid, Alianza Ed., pp. 67-68.

⁵ GALDÓS, B., *ob. cit.*, p. 79.

⁶ CLARÍN, *La Regenta*, 1990, Madrid, Alianza Ed., pp. 55, 69.

⁷ PEREDA, J. *De tal palo, tal astilla*, 1981, Madrid, Austral, p. 40.

⁸ “En uno de estos viajes, recién llegado yo, llevé consigo a su hija y la puso en un colegio de Francia, en el que dicen que había hasta hijas de reyes. La niña Marta era lista como la pimienta, y por su aire y corte parecía que estaba pidiendo aquellos pulimentos de enseñanza [...] (Cuando Marta, la madre de la protagonista, crece y tiene una hija le proporcionará otro tipo de educación) En hora conveniente tratóse de dar a la niña educación al consonante de sus talentos y posibilidades; pero doña Marta, que estaba entusiasmada con aquella criatura, opinó que el mejor colegio para la niña es una buena madre...” (Pereda, *ob. cit.*, pp. 24-25)

cuando el día de los santos Reyes, la joven Tribuna y sus harapientas amiguitas visitan la casa de los Sobrado (que como dice su nombre no les faltaba de nada), los comerciantes ricos del barrio.

Frente a la institutriz de la casa burguesa, la infancia de la sociedad pobre conocía la escuela que Galdós en *La desheredada*, describe diciendo: "...donde dicen la misa por la tarde y el rosario por la mañana. Daban un panecillo a cada muchacho, y esto ayudaba"⁹.

La escuela estaba vinculada estrechamente a la figura del maestro, que Clarín, en *La Regenta*, llama: "cruelísimo maestro de escuela", se trataba del "más terrible Herodes", "todos los niños le aborrecían de corazón"; este poco simpático señor llevaba en Vetusta el nombre de "Vinagre": "Hombre era, y muy hombre, el maestro de escuela Vinagre, don Belisario, que se disfrazaba de Nazareno en tan solemne día, según costumbre inveterada, y era el más terrible Herodes de primeras letras los demás días del año. Todos los chiquillos de su escuela, que le aborrecían de corazón, se agolpaban en calles, plazas y balcones, a ver pasar al señor maestro, con su cruz de cartón al hombro y su corona de espinas al natural, que le pinchaban efectivamente, como se conocía por el movimiento de cejas y la expresión dolorosa de las arrugas de la frente. Deseaban los muchachos cordialmente que aquellas espinas le atravesaran el cráneo. El Entierro de Cristo era la venganza de toda la escuela. Vinagre, en su afán de mortificar a cuantas generaciones pasaban por su mano, se gozaba en lastimar a la suya, en su propia persona. Pero no sólo el prurito de darse tormento como a cada hijo de vecino le había inspirado aquella diablura de coronarse de espinas y dar un gustazo a los recentales de su rebaño pedagógico, sino que era gran parte en aquella exhibición anual la pícara vanidad"¹⁰.

La escuela y el maestro, en el mejor de los casos, y no siempre con asiduidad, a causa de la despreocupación familiar o la necesidad de tener que realizar trabajos domésticos, era a lo que se reducía la educación infantil para los niños-as de la mayoría de la sociedad española.

El escalón de la educación no elemental marcaba una distancia más profunda entre las dos clases sociales. El joven burgués asistía a la universidad, como hace el hijo de Dña. Javiera, vecina de Máximo Manso. Galdós describe la universidad usando los labios de Dña. Javiera, quien dice de su hijo: "Le tengo matriculado en la Universidad; pero de cada ocho días me falta siete a clase. Dice que le aburren los profesores y que le da sueño la cátedra"¹¹. Pereda tampoco hace elogios de este nivel de enseñanza en boca de Don Sotero, cuando éste recrimina a su sobrino Bastian comentando: "... porque pensé que la garlopa de la educación llegaría a pulimentar tu madera, por ingrata y dura que fuese. Por eso te envié dos años hace a la ciudad; por

⁹ GALDÓS, B., *La Desheredada*, 1969, Madrid, Aguilar, p. 999.

¹⁰ CLARÍN, *ob. cit.*, pp. 573-574.

¹¹ GALDÓS, *ob. cit.*, p. 25.

eso te tuve allí hecho un paseante en corte, y recibiendo al mismo tiempo enseñanzas que no te han cabido en la cabeza”¹².

Algo más positivo era la enseñanza que proponía para los jóvenes burgueses el ideal krausista e institucionista, que, de alguna forma, quedaba reflejado en los diálogos galdosianos de Dña. Javiera y Máximo Manso: “... Pues oiga uste, -le dice su vecina a M. Manso- se me ha ocurrido que, para enderezar a mi hijo y ponerle en camino y hacer de él un hombre, un gran señor, un caballero, no conviene llevarle la contraria, ni sujetarle por fuerza, sino..., a ver si me explico... Conviene arrearle poco a poco, irle guiando, ahora un halago, después un palito, mucho ten conten y estira y afloja, variarle poquito a poquito las aficiones, despertar el gusto por otras cosas, fingirle ceder para después apretar más fuerte, aquí te toco, aquí te dejo, ponerle un freno de seda, y si a mano viene, buscarle distracciones que le enseñen algo, o hacerle de modo que las lecciones le diviertan... Si le pongo en manos de un profesorazo seco, él se reirá del profesor. Lo que le hace falta es un maestro que, al mismo tiempo que sea maestro, sea un buen amigo, un compañero, que a la chita callando y de sorpresa, le vaya metiendo en la cabeza las buenas ideas; que le presente la ciencia como cosa bonita y agradable; que no sea regañón, ni pesado, sino bondadoso, un alma de Dios con mucho pesquis; que se ría, si a mano viene, y tenga labia para hablar de cosas sabias con mucho aquél, metiéndolas por los ojos y por el corazón.

Quedéme asombrado -continúa M. Manso- de ver cómo una mujer sin lecturas había comprendido tan admirablemente el gran problema de la educación”¹³.

Pese a la mala imagen que algunas alusiones novelísticas refieren del maestro de escuela, lo cierto es que la clase burguesa esperaba casi todo de él y de la educación en general; Galdós muestra en *El amigo Manso* como se cambiaba el retrato de los santos por el de los catedráticos, actitud acorde al laicismo institucionista. Del maestro, como ya indicara Montesino en su momento, se esperaba que sembrara la semilla capaz de transformar la sociedad española; para Galdós la enseñanza y el educador eran los encargados de curar los males de la nación, a el maestro dedicó *La Desheredada*.

Para la mujer, en cambio, se planificaba una educación bien diferente, las protagonistas de *Tal palo, tal astilla*, *La Regenta*, *Los Pazos de Ulloa*, o *El Amigo Manso*, nos muestran con suficiente transparencia como, después de haber recibido en la infancia una enseñanza equivalente a la de los hombres, progresivamente, se va empobreciendo su educación, en relación con la de éstos, a lo largo de la adolescencia y la juventud, para quedar prisionera de un ideal de mujer que no supera los caracteres de: belleza, discreción y “suficiente ignorancia”, que hicieran de ella una candidata a buena esposa al estilo del XIX. El médico que asiste al parto de Nucha, en *Los Pazos de Ulloa*, se refiere así a este ideal de lo femenino: “La señora es novicia, y no muy fuerte... A las mujeres se les da en las ciudades la educación más antihigiénica: corsé

¹² PEREDA, *ob. cit.*, p. 55.

¹³ GALDÓS, *ob. cit.*, pp. 23-24.

para volver angosto lo que debe ser vasto; encierro para producir la clorosis y la anemia; vida sedentaria para ingurfitarlas y criar linfa a expensas de la sangre... Mil veces mejor preparadas están las aldeanas para el gran combate de la gestación y alumbramiento, que al cabo es la verdadera función femenina¹⁴. Incluso, los progresistas Máximo Manso y Carlos Ozores participaban de este concepto de mujer y de enseñanza, que expresan diciendo, el primero: “Nuestras conversaciones en aquellos gratos paseos eran de asuntos generales, de aficiones, de gustos y, a veces, del grado de instrucción que se debe dar a las mujeres. Conformándose con mi opinión y apartándose del dictamen de tanto propagandista indigesto, manifestando antipatía a la sabiduría facultativa de las mujeres y a que anduviese en faldas el ejercicio de las profesiones propias del hombre pero al mismo tiempo vituperaba la ignorancia, superstición y atraso en que viven la mayor parte de las españolas, de lo que tanto ella como yo deducíamos que el toque está en hallar un buen término medio”¹⁵; y sobre el segundo, Clarín escribe: “Era aquella una educación neutra. A pesar de que Ozores pedía a grito pelado la emancipación de la mujer y aplaudía cada vez que en París una dama le quemaba la cara con vitriolo a su amante, en el fondo de su conciencia tenía a la hembra por un ser inferior, como un buen animal doméstico”¹⁶.

Pero si esa era la enseñanza, digamos, no elemental para la burguesía, la gran mayoría de la sociedad, más pobre, se tenía que conformar con no tener tales enseñanzas, a no ser que por enseñanza no elemental se entendiera la que algunos practicaban desde su infancia: la fábrica¹⁷ y la prensa periódica.

Por otra parte, la educación también aparece como una forma de ascenso social, este era el caso del alumno predilecto de Máximo Manso, y también lo eran, en algunos casos, los estudios eclesiásticos, como sucediera con el magistral, de la obra de Clarín. Dña. Paula, la madre del que fuera magistral de Vetusta veía que, para su hijo, “...el seminario, la sotana, que era toga del hombre libre, la que le podría arrancar de la esclavitud a que se vería condenado con todos aquellos miserables si no le llevaban sus esfuerzos a otra vida mejor [...] todo por su hijo; por ganarle la carrera; lo quería teólogo, nada de misa y olla [...] No le quería jesuita. Le quería canónigo, obispo, quién sabe cuántas cosas más”¹⁸.

¹⁴ BAZÁN, P.; *ob. cit.*, p. 157.

¹⁵ GALDÓS, *ob. cit.*, p. 82.

¹⁶ CLARÍN, *ob. cit.*, p. 75.

¹⁷ BAZÁN, P.; *ob. cit.*, pp. 91-92. En estas páginas se establece un paralelismo entre el ingreso de la Tribuna en la fábrica de tabaco y el ingreso de una alumna, por primera vez a una escuela. Entran en escena un local que impone respeto, una maestra que enseña y dirige, y unas alumnas que hacen de esa sección de la fábrica una clase.

¹⁸ CLARÍN, *ob. cit.*, pp. 319-321.